

Simenon. Maigret encuentra a su autor. Pierre Assouline. Traducción de Mauro Armiño. Espasa-Calpe, Madrid, 1994, 678 páginas

Georges Simenon, uno de los escritores más editados, traducidos y —esta vez— más leídos del mundo, ha dejado una obra torrentosa y una documentación no menos torrentosa de su vida cotidiana. Sin contar artículos, cuentos y relatos, su catálogo suma 382 novelas y veinte volúmenes autobiográficos. Assouline se ha zambullido en el mar simenoniano y ha nadado paciente y lúcidamente por él. Lo ha entrevistado, ha conversado con personajes relacionados con el escritor, ha rastreado diálogos periodísticos y revuelto epistolarios. Su punto de vista es óptimo: sigue la huella de un hombre cuya obra le interesa relativamente, pero cuya historia y su paradigma como trabajador de la escritura lo apasionan. Lo hace con rigor de archivero y penetración e imaginación de novelista, examinando la fábula quizá más interesante de Simenon: un relato de su vida que él mismo no podía hacer.

La ansiedad por cubrir los huecos de la vida, ansiedad paranoica que se resuelve en la historia de una persecución policiaca cuyo personaje simpático es el perseguido, se extendió a todos los campos de su existencia: a la multitud de mujeres con las que hizo el amor, los banquetes que consumió, las botellas de alcohol que bebió, el dinero que ganó y gastó, las casas que construyó, amuebló, habitó y dejó abandonadas.

Descendiente de judíos y obsesivo cuanto primario antisemita, individualista admirador de regímenes autoritarios, secretamente anárquico y visiblemente policial, Simenon jamás pudo deshacerse de la dialéctica del amo y el esclavo, convertida en él en compulsión productiva y sexual. Libros y prostitutas (el paralelo que inquietó a Walter Benjamin) fueron la cifra de una imposibilidad no aceptada: escribir innumerables novelas porque la Novela es imposible, trajinar a innumerables mujeres porque la Mujer (o quizás el Varón) son imposibles. La salida vino al final, cuando abandonó al inspector Maigret y redactó la carta a su madre. Toda una vida lleva, por fin, al origen o, al menos, hasta el comienzo.

No cabe en estas escasas líneas una descripción del libro de Assouline, descripción merecida, dado lo ejemplar de su tarea. Los lectores que reclama son de todas

suertes: lectores de Simenon que lo admiren como André Gide o lo detesten como Jean Paulhan, curiosos de vidas ajenas, gente que ignore a Simenon pero que guste del género biográfico, gustadores de novelas que encuentren un tanto árida la novelística de nuestra época, hasta los meros inquietos por este siglo que se va acabando.

La estética musical desde la Antigüedad hasta el siglo XX. Enrico Fubini. Traducción y notas de Carlos Pérez de Aranda. Alianza, Madrid, 1993, 521 páginas

La música está en la base de la tradición cultural que se reclama de Grecia, ya que en su origen fue palabra que significó el conjunto del saber, todo lo que las musas sabían de su especialidad y de lo que sabían sus hermanas. Retomar esa tradición y hacer una lectura filosófica de la historia conformada por las sucesivas teorías elaboradas acerca de la música, es la ingente tarea que Fubini se propuso y logró llevar a cabo: una suerte de historia filosófica de la cultura construida en torno a la reflexión musical.

Para ello hacen falta una sólida preparación interdisciplinaria y una destreza pensante que permita vincular objetos y discursos muy lejanos en el tiempo y en la situación cultural, y esto Fubini también lo domina. Así puede retomar, a lo largo de los siglos, los temas recurrentes que vuelven porque son esenciales al pensamiento y no acaban de alcanzar una respuesta definitiva, sino respuestas históricas henchidas de sentido pero igualmente cuestionables.

Desde siempre se preguntan los teóricos si la música es un lenguaje y qué significa. La respuesta racionalista es que no significa nada y la respuesta romántica es que lo sabe todo, porque el sentimiento que lleva a la música y que ella suscita es un saber absoluto y, como tal, idéntico a sí mismo e inefable.

A veces se la ha considerado trascendente, como algo que viene de más allá de la experiencia o que revela la trama secreta del mundo. Otras, se la ha visto como un resultado de meras especulaciones formales o derivada de acotados procesos fisiológicos. Expresión de afectos, ornamento de la vida placentera, vehículo de la palabra de Dios, cifra de la construcción universal o introducción al caos, la música ha sido casi todo lo que un pro-

ducto humano puede ser, a precio de serlo de manera enigmática, de no dejar caer el último velo. El sonido puede estar junto a nosotros y atravesarnos, pero no se desnuda de sí mismo, no deja ver a través, nos incluye y nos conforma.

Con intención didáctica, Fubini ha llegado a componer un ensayo histórico que no agobia como un tratado, porque el autor dialoga con los pensadores que examina, y los hace escucharse y dialogar entre sí. Parece un gran director de orquesta, que nos permite oír una compleja partitura sin que se pierda en la ejecución ninguna voz del conjunto. Un clásico, si se permite la truculencia, en el sentido de que funciona como referencia obligada de este tema que es, de algún modo, todos los temas.

Teoría del símbolo. Un ensayo de antropología cultural. Norbert Elias. Traducción de José Manuel Álvarez Flórez. Prólogo de Richard Kilminster. Península, Barcelona, 1994, 217 páginas

Al final de su extensa y laboriosa biografía, Elias estaba trabajando en este texto de carácter teórico sobre el lenguaje humano. Por mejor precisar: sobre la simbólica que distingue a los hombres de los animales. En efecto, éstos tienen lenguajes performativos, que actúan por estímulos y señalan actuaciones que no se pueden separar del acto performado.

El hombre se caracteriza por elaborar símbolos, o sea signos que pueden despegarse de sus referentes. Además, puede aprender sus lenguajes y, a través de ellos, un saber social y su historia. Las lenguas humanas difieren entre culturas, no son genéricas sino históricas. Cambian con el tiempo, aparecen y desaparecen, se mezclan, y diferencian a las sociedades, a la vez que colaboran esencialmente a constituir las.

De todo ello desprende Elias la identidad entre saber, pensar y decir. No concede excesiva importancia a la escritura, pues el lenguaje, en muchas culturas peculiares, prescinde de signos escritos. Como no hay ser humano sin sociedad, se concluye que todo lenguaje tiene en vista la comunicación y todo saber es conocimiento compartido por una sociedad. Significar es producir y buscar consenso, predicamento y aceptación de las pala-

bras. Los códigos que las organizan son, precisamente, las culturas.

Tal vez Elias marchaba hacia una teoría antropológica y social del lenguaje, así como su complemento dialéctico: la necesidad del lenguaje para constituir cualquier sistema cultural y cualquier sociedad. Pensar y decir, saber y enseñar son inseparables de la convivencia.

Aunque fragmentario y no revisado, este texto es el testamento intelectual de un historiador para el cual la historia fue siempre el espejo de la figura humana, y el lenguaje, el medio y el utillaje por los cuales el hombre convive y se define como tal.

Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna. Roger Chartier. Traducción de Mauro Armiño. Alianza, Madrid, 1994, 316 páginas

La historia de la lectura es una apasionante disciplina que tiene creciente número de cultivadores. Citando al azar de la memoria: Chevalier y Botrel para el ámbito español, Rudolf Schenda para el alemán. Ahora, Chartier nos lleva al dominio francés, haciendo un minucioso recorrido documental por los siglos XVI al XVIII, sin olvidar comparaciones con épocas posteriores.

Vemos, así, desfilar a los editores, libreros, impresores, autores profesionales, legisladores de los derechos de autor, censores, bibliotecarios, críticos y demás personajes de las instituciones literarias.

A través de ellos podemos imaginar qué leían las gentes de aquellos tiempos, no sólo los letrados, sino también los que ignoraban la lectura y sólo podían escuchar lo que otros leían en alta voz. Un espacio novelesco se abre en torno a la evocación de cómo se leía, qué lecturas se preferían, qué se buscaba y encontraba en ellas. Para esto, Chartier insiste en los libros más vendidos y los prototipos de lecturas populares (devocionarios, libros de divulgación, folletines de sucesos sangrientos, vidas de santos y de héroes, etc.).

Estudios como el reseñado, hechos con rigor y sin desmayo ante las dificultades de documentación, ayudan a comprender lo que imaginaron nuestros antepasados, a escuchar su voz murmurada cada vez que volvemos a un antiguo volumen.

El alba del romanticismo español. Diego Martínez Torrón. Universidad de Córdoba, 1993, 414 páginas

Los límites entre el clasicismo y romanticismo, en España, así como el carácter subsidiario o central del romanticismo español son asuntos que ajeteaban a los estudiosos desde el siglo XIX. El profesor Martínez Torrón, conocido por sus trabajos sobre literatura española moderna, Octavio Paz y Álvaro Cunqueiro, encara el problema por la vía del medio, fijando su atención en figuras que pueden considerarse de transición, prerrománticas o protorrománticas, a pesar de que su elocución se encuadre en las convenciones expresivas del clasicismo ilustrado.

Hay, así, un hilo rojo que une este iluminismo residual con el liberalismo de unos cuantos destacados románticos españoles, y cuyo campo de excelencia literaria se sitúa en la poesía cívica y el drama histórico, igualmente poético.

Aparte de consideraciones teóricas y epocales, el autor exhuma una serie de textos, hasta ahora inéditos, de Alberto Lista, Manuel José Quintana y Juan Nicasio Gallego.

Quien se interese por visitar estos problemas de fronteras literarias, ponerse en contacto con textos hasta ahora inaccesibles y revisar cuidadosamente la bibliografía especializada y el estado de la cuestión, consultará con provecho el documentado libro del profesor cordobés.

Ideología y literatura en Alberto Lista. Diego Martínez Torrón. Alfar, Sevilla, 1993, 488 páginas

El interés de Martínez Torrón por el mundo romántico español se acredita en títulos como el reseñado en la nota anterior y *Los liberales españoles ante la descolonización* (1992). Centrándose en la figura de Lista, y fijando algunas precisiones conceptuales en torno a la categoría de ideología y su aplicación a los textos literarios (una polémica que animó el campo teórico y crítico de los años sesenta), se adentra en los múltiples aspectos que las huellas de Lista han dejado en la historia española: su implicación en el proceso inaugural del siglo XIX (guerra de la Independencia, descolonización de América, oscilaciones fernandinas entre absolutismo y liberalismo, afrancesamiento y fundamentalismo, etc.), su biografía personal (y el estado de la cuestión biográ-

fica), las posiciones del autor en materias fundamentales (política, educación, religión), las actividades de Lista en diversos campos (periodismo, literatura, activismo masónico) y, por fin, la panoplia de sus ideas: estética, moral, dramaturgia, novela, historiografía.

Ortega encomiaba los estudios sobre los tiempos áridos de la historia. En los desiertos suele haber, aislados y profundos, pozos de intimidad y frescura que calman la sed del viajero agostado. Si no muy lucida, la apertura del Ochocientos español es secretamente compleja, intensa y sugestiva. Por eso vale la pena volver sobre ella, según aconseja y ejemplifica este libro del profesor Martínez Torrón.

Estructura y tiempo reducido en la novela. Darío Villanueva. Anthropos, Barcelona, 1994, 447 páginas

Este libro utiliza los materiales de una tesis elaborada por el profesor Villanueva hacia 1972/5 y cuya primera aparición como libro data de 1977. En esta segunda reelaboración se acrecienta con una casuística más nutrida y con algunas relecturas teóricas, en especial los aportes de Bajtín al campo de la teoría de la narrativa.

De algún modo, queda ahora como *pendant* del libro de Villanueva sobre el realismo, porque la disociación entre tiempo real y tiempo reducido, así como la constricción de datos sobre el personaje (en el realismo, una biografía; en la narrativa contemporánea, algunas noticias, no necesariamente coherentes), es un elemento crucial en la crisis del realismo. La narración tiene no sólo espacios autónomos, sino también autonomía temporal, lo que conduce a un uso muy abierto del tiempo narrativo: fragmentación, reiteración, retorno circular, tiempos paralelos, aceleración/ralentización, etc.

A las precisiones teóricas sigue una ordenada y nutrida lista de casos, en un ejercicio muy cuidadoso de comparatismo donde se consultan fuentes muy variadas: desde los primeros indicios del asunto, en Cervantes, hasta los predecesores del XIX, Flaubert, Dostoievski, Dujardin, etc., abriéndose luego un campo amplísimo, estructurado a partir de las literaturas hispánicas y en otras lenguas. Sánchez Ferlosio, Thomas Mann, Carlos Fuentes, Virginia Woolf, Juan Goytisolo, André Gide, Miguel Delibes, Heinrich Böll, son una muestra muy reducida del panorama descrito por Villanueva.